

FE LABRADA EN PIEDRA

AURELIO GONZÁLEZ

FE LABRADA EN PIEDRA

AURELIO GONZÁLEZ



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Fe labrada en Piedra

© Del texto: Aurelio González González

© De esta edición: Editorial Sargantana, 2023

Email: info@editorialsargantana.com

www.editorialsargantana.com

Primera edición: Septiembre, 2023

Impreso en España



Los papeles que usamos son ecológicos, libres de cloro y proceden de bosques gestionados de manera eficiente.

ISBN: 978-84-18552-97-7

Depósito legal: V-3060-2023

Abandonando las costumbres particulares de ciertos monasterios, salieron de Molesmes con su Abad —san Roberto— para abrazar vida más estrecha y retirada, tal como ordena la regla de san Benito que se habían propuesto observar. Y conformaron todo su tenor de vida, tanto relativo al culto como en las demás observancias, a los mandatos de la Iglesia, cuyas huellas exactamente siguieron.

Exordium cisterciensis coenobii.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

ACERCA DE CUANTO ACONTECE EN EL MONASTERIO

CAPÍTULO 1	VIERNES 8 Y SÁBADO 9 DE NOVIEMBRE DE 1219 ..	15
CAPÍTULO 2	MIÉRCOLES 13 Y JUEVES 14 DE NOVIEMBRE DE 1219 ...	25
CAPÍTULO 3	DEL VIERNES 15 AL DOMINGO 17 DE NOVIEMBRE DE 1219	39
CAPÍTULO 4	LUNES 18 Y MARTES 19 DE NOVIEMBRE DE 1219...	57
CAPÍTULO 5	MIÉRCOLES 20 DE NOVIEMBRE DE 1219.....	75
CAPÍTULO 6	DEL VIERNES 22 AL DOMINGO 24 DE NOVIEMBRE DE 1219	87
CAPÍTULO 7	LUNES 25 Y MARTES 26 DE NOVIEMBRE DE 1219..	101
CAPÍTULO 8	MIÉRCOLES 27 DE NOVIEMBRE DE 1219.....	113

SEGUNDA PARTE

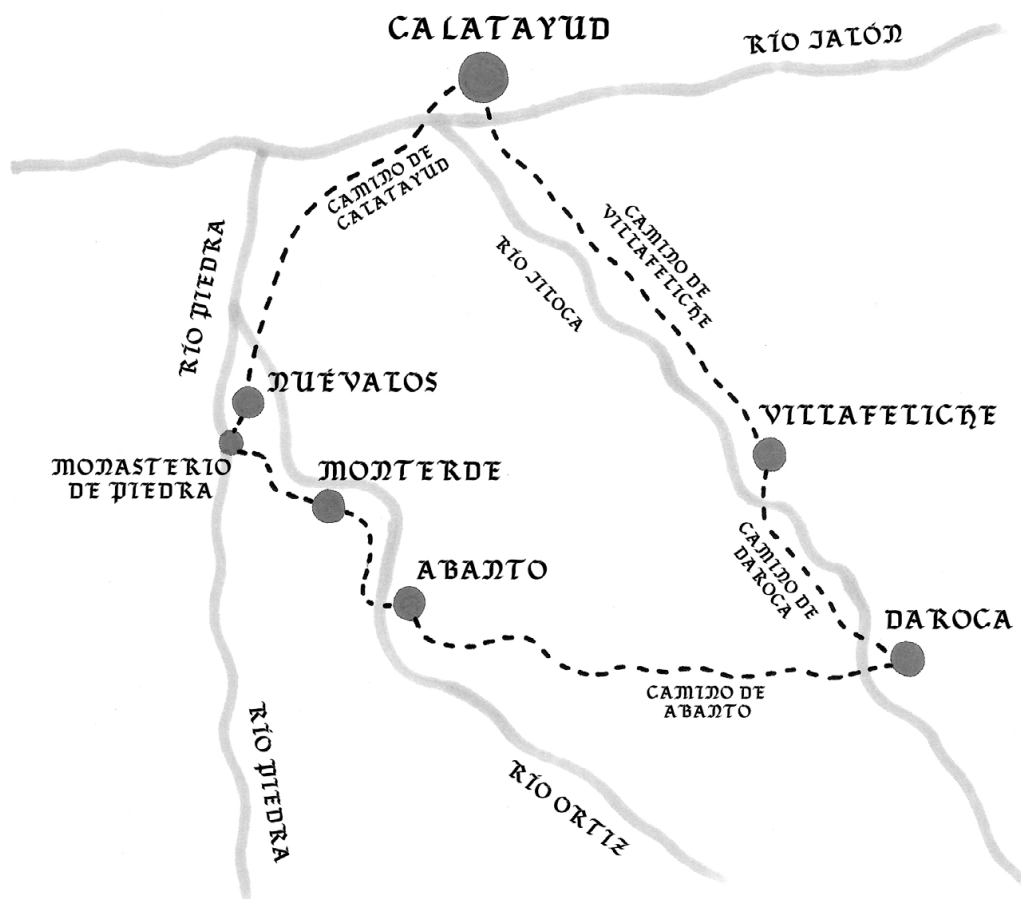
ACERCA DE LOS MONJES Y SUS CULPAS

CAPÍTULO 9	VIERNES 29 DE NOVIEMBRE DE 1219.....	129
CAPÍTULO 10	SÁBADO 30 DE NOVIEMBRE DE 1219	145
CAPÍTULO 11	DOMINGO 1 DE DICIEMBRE DE 1219.....	161
CAPÍTULO 12	LUNES 2 DE DICIEMBRE DE 1219.....	179

CAPÍTULO 13 MARTES 3 DE DICIEMBRE DE 1219	195
CAPÍTULO 14 MIÉRCOLES 4 DE DICIEMBRE DE 1219	217
CAPÍTULO 15 JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 1219	235
CAPÍTULO 16 VIERNES 6 DE DICIEMBRE DE 1219.....	253

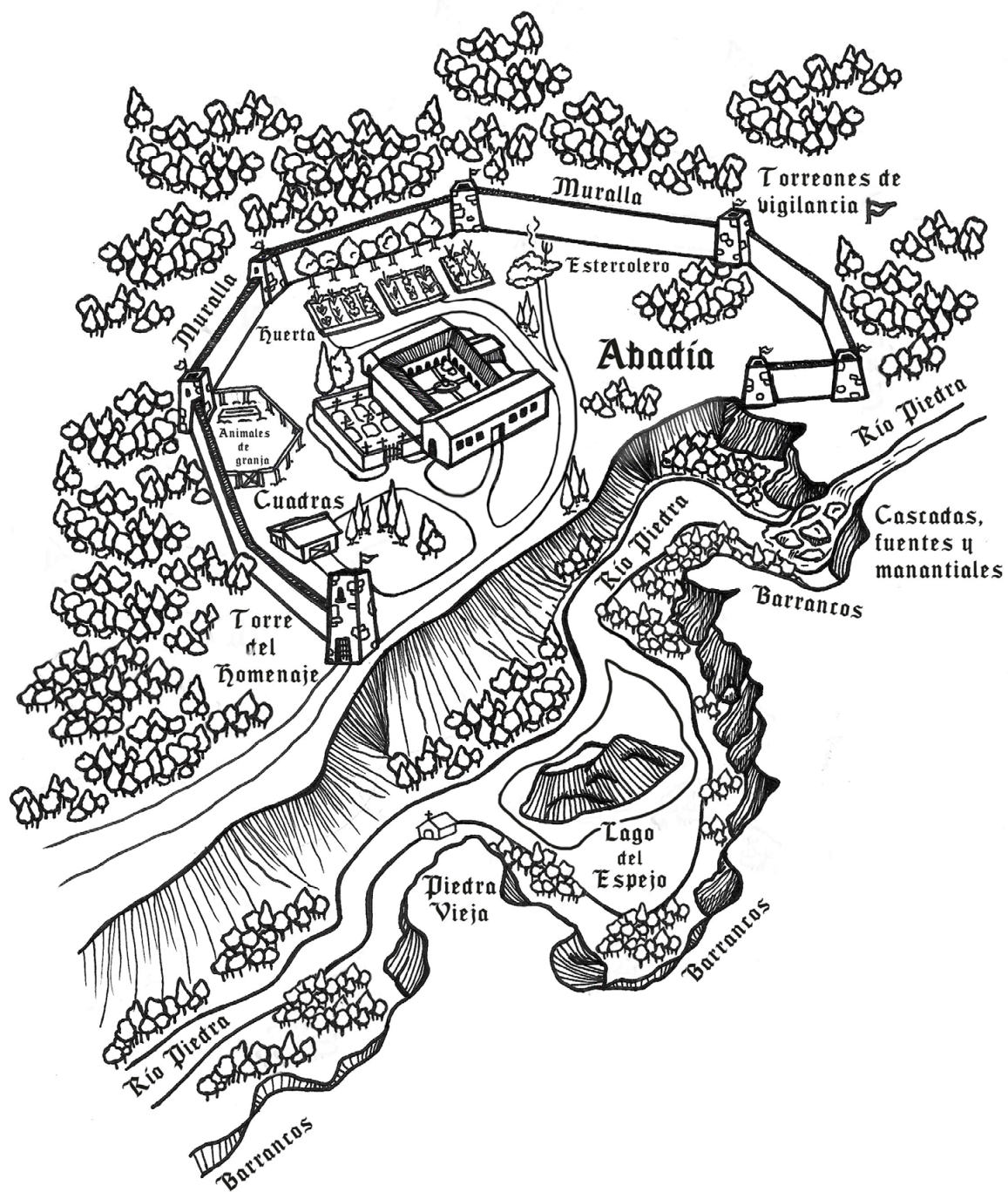
TERCERA PARTE **ACERCA DE LA FE**

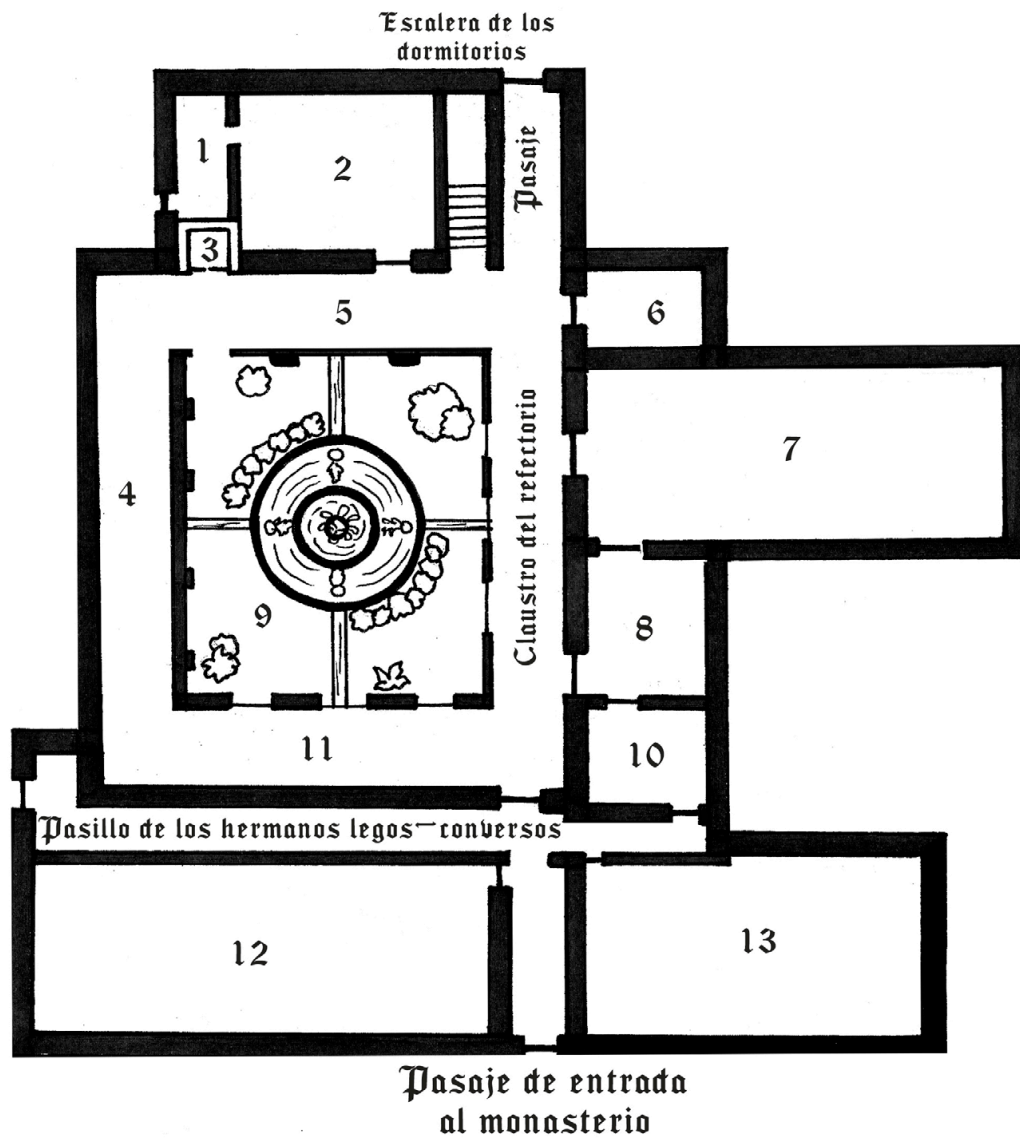
CAPÍTULO 17 SÁBADO 7 DE DICIEMBRE DE 1219	271
CAPÍTULO 18 DOMINGO 8 DE DICIEMBRE DE 1219	289
CAPÍTULO 19 LUNES 9 DE DICIEMBRE DE 1219.....	301
CAPÍTULO 20 MARTES 10 DE DICIEMBRE DE 1219	317
CAPÍTULO 21 MIÉRCOLES 11 DE DICIEMBRE DE 1219	331
CAPÍTULO 22 JUEVES 12 DE DICIEMBRE DE 1219	347
CAPÍTULO 23 VIERNES 13 DE DICIEMBRE DE 1219. ENTRE LAUDES Y TERCIA.....	361
CAPÍTULO 24 VIERNES 13 DE DICIEMBRE DE 1219. ENTRE TERCIA Y SEXTA	375
EPÍLOGO	387
NOTAS DE INTERÉS PARA EL LECTOR	391
AGRADECIMIENTOS	393



- POBLACIONES
- RÍOS
- - - CAMINOS

1 LEGUA
5,5 KMS.





1. Sacristía
2. Sala Capitular
3. Armarium
4. Claustro de la lectura
5. Claustro
6. Calefactorio
7. Refectorio
8. Cocina
9. Patio con fuente
10. Despensa
11. Claustro de los conversos
12. Cillería
13. Refectorio de los conversos

PRIMERA PARTE

**ACERCA DE CUANTO ACONTECE
EN EL MONASTERIO**

CAPÍTULO 1

—VIERNES 8 Y
SÁBADO 9 DE NOVIEMBRE DE 1219—

El monje espoleó a su caballo para recorrer al galope los últimos metros que lo separaban de la abadía antes de que el sol terminara de ocultarse. Estaba hambriento, sediento y terriblemente cansado del viaje. Bajo el manto humedecido que le cubría el cuerpo, en el interior del hábito blanco cisterciense, llevaba guardado el motivo de su visita a Santa María de Poblet.

Cerca de la entrada se vio obligado a frenar el paso; los cascos del caballo se hundían pesadamente en el barro removido por el trasiego diario. Desmontó y caminó hacia la portería a lo largo del pasillo exterior que formaban el refectorio y el dormitorio de los hermanos legos y conversos.

Al otro lado de la puerta, un monje calvo de nariz aguileña lo observaba a través del ventanuco de una de las hojas. El joven se detuvo a un paso de distancia al ver la napia asomar entre los barrotes.

—*Deo gratias*, hermano. —Inclinó la cabeza con respeto.

—*Deo gratias*, hermano. ¿Qué os trae hasta nuestra humilde casa a estas horas?

—Llevo cuatro jornadas de marcha a mis espaldas. Nuestro Señor ha querido que mi viaje concluya justo ahora. Vengo de Santa María de Piedra con un mensaje para vuestro abad. He de entregárselo personalmente.

El monje lo miró de nuevo de arriba abajo.

—¿Tenéis nombre?

—Disculpadme. Me llamo Matías de Molina. Soy novicio en vuestra abadía hija.

—Yo soy fray Guillén. Pasad, sois bienvenido —dijo abriendo la puerta—. Podéis dejar vuestro caballo atado junto al abrevadero —añadió señalando a lo lejos—. Mandaré que lo lleven al establo.

Una vez dentro del claustro, fray Guillén le indicó que tomara asiento en un banco de madera situado en la esquina más cercana a la puerta; arrimó un bacín de agua y una palangana y se arrodilló para lavarle los pies mientras entonaba el *mandatum nobis dabo*. Matías se estremeció por el contacto. Sus pies, maltrechos a causa del frío, terminaron de entumecerse.

—Acompañadme —dijo el portero—. Don Arnaldo de Filella ya debe de estar en la iglesia para officiar las vísperas.

Matías caminó tras él a lo largo del claustro, que aparecía ante sus ojos engullido por la noche e iluminado por las antorchas ancladas en los muros de las pandas. Observaba en todas direcciones con gran curiosidad, pues era la primera vez que se encontraba en una abadía distinta a la suya. La arquitectura del cenobio, construido con bóvedas de crucería que se abrían al jardín central mediante arcos apuntados, muy similar a la de su congregación, le hizo sentirse reconfortado.

En el interior del templo los monjes del coro ya se habían despojado de los escapularios negros y estaban distribuidos a lo largo de la sillería, junto al altar, vestidos tan solo con la cogulla blanca. En el instante en que fray Guillén y el novicio entraban por la puerta, estos comenzaron a entonar los salmos que veneraban la memoria de la sepultura de Jesús. Ambos tomaron asiento y guardaron silencio.

Matías permaneció todo el tiempo con la mirada puesta en el altar y la mano bajo el hábito, aferrada a la misiva que debía entregar. Al término del oficio, fray Guillén le hizo una seña y fueron al encuentro del abad.

—Disculpad, reverendo padre —dijo el portero—. Me acompaña el joven Matías, novicio en Piedra. Afirma traer una carta para vos.

Don Arnaldo se detuvo frente a ellos con gesto de intriga. Matías se agachó para besarle la mano.

—¿Una carta?, ¿quién la envía?

—El padre Jimeno Martínez, reverendo padre —se apresuró a contestar Matías. La sacó de entre el hábito y se la ofreció. El abad la tomó y retiró el sello de cera sin apartar la vista del muchacho.

—¿Por qué ha mandado a un novicio?

—Lo desconozco, reverendo padre. Lo único que puedo decir es que el pasado 4 de noviembre falleció don Fernando de Avero. Al día siguiente, el padre Jimeno fue elegido para sucederlo y me encomendó venir aquí. Está todo explicado en la carta, según sus propias palabras. También solicita vuestra bendición.

Don Arnaldo la extendió y comenzó a leer. Conforme avanzaba, su gesto de intriga se tornaba más y más alarmado. Finalmente, la dobló y se la guardó.

—Acompañad a Matías al refectorio —le indicó a fray Guillén—. Después de la cena encargaos de prepararle una celda.

—El abad se giró hacia el novicio—. Habéis cumplido fielmente vuestro mandado, os lo agradezco. Ahora necesito pensar en ello. Hablaremos por la mañana.

—Como desee, reverendo padre. —Matías agachó la cabeza humildemente para recibir su bendición y caminó detrás del portero.

Tras el oficio de completas, en el que dieron gracias al Señor por el día que terminaba y rogaron protección para la noche, Matías se retiró a la celda que le había sido asignada ávido de reposo.

Estaba a punto de finalizar su noviciado. Apenas un año antes había ingresado en la orden por decisión propia, el mismo día que cumplió los quince años. Y como todo joven que aspiraba a convertirse en monje profeso, había renunciado a la vida del siglo, a su posición social y a los derechos de heredad sobre las propiedades de su padre.

Desde el primer momento fue puesto bajo la tutela de fray Illán, el cillero. Fray Illán era uno de los monjes más veteranos, sabios y capaces de la congregación, y Matías había aprendido mucho durante todo ese tiempo en lo referente a cuestiones administrativas, tanto en la organización de la cillería como en la gestión de las propiedades y derechos del monasterio. Pero Matías había adquirido de él algo más importante que eso: la necesidad de observar rigurosamente la regla de Benito de Nursia, el verdadero y más recto camino de la fe.

Se metió en el jergón con el hábito puesto. En la celda no hacía frío, pero los cuatro días de penurias habían hecho mella en él y era incapaz de sacarse del cuerpo el que ya tenía acumulado.

Apagó la vela de la mesilla de un soplido. A oscuras, observó la luz tenue que arrojaba la luna decreciente sobre la pared mientras apretaba el cilicio que llevaba abrazado al muslo izquierdo: un doloroso gesto que realizaba cada noche para ahuyentar los pensamientos impuros. Contuvo un grito y dejó escapar una lágrima. Después repitió mentalmente, hasta que se quedó dormido, los textos sagrados que memorizaba durante las horas de *meditatio*.

Juan bajó las escaleras que accedían al claustro desde los dormitorios y lo cruzó apresuradamente. Se dirigía hacia el claustrillo de la capilla de San Esteban, situado en un lugar apartado al este del recinto monástico. Allí lo había citado el abad tras el oficio de maitines.

Era habitual que don Arnaldo se reuniera con él a solas, fuera de las reuniones del capítulo, pero en esa ocasión, la urgencia de la convocatoria y el gesto de preocupación que había apreciado en el abad le hacían pensar que no se trataba de un mero encuentro para despachar asuntos cotidianos.

Al llegar a la estancia lo encontró de pie, con los brazos cruzados y la mirada perdida como si estuviese meditando algún

asunto trascendental. Juan aflojó la marcha y se acercó a él recuperando la calma.

—¿Requeríais mi presencia, reverendo padre? —dijo deteniéndose a su lado. Don Arnaldo volvió en sí y se giró hacia él.

—Dejemos aparte los formalismos. Ayer llegó un novicio desde Piedra enviado por el abad Jimeno. Traía una carta suya.

—¿El abad Jimeno? —Juan se mostró extrañado.

—Ha vuelto a ser elegido. El abad Fernando falleció hace cinco días y Jimeno se ha visto obligado a aceptar el cargo por las convulsas circunstancias que allí acontecen.

—¿Qué convulsas circunstancias?

—Ha desaparecido el código del *Exordium*¹ del *armarium*² de Piedra. —Don Arnaldo le ofreció la carta—. Juzgad vos mismo.

Tras leerla, Juan levantó la vista hacia el abad y guardó silencio imaginando sus pretensiones.

—Jimeno sospecha que uno de los monjes es el responsable —continuó el abad—. Desconfía de todos ellos, razón por la cual ha enviado al novicio para solicitar ayuda externa.

1 La comunidad cisterciense se organizaba mediante una relación jerárquica de dependencia filial entre abadías. La de Piedra, fundada por un grupo de doce monjes y un abad salidos de Poblet, era hija de esta, así como Poblet era la abadía madre de Piedra. Siguiendo esa relación en sentido ascendente, se encontraba la abadía de Claraval, hija directa de la abadía de Cîteaux (cabeza de la Orden del Císter).

Las abadías disponían de un alto grado de autonomía. Y para asegurar su correcto funcionamiento bajo las normas del Císter, en el momento de la fundación de una nueva congregación se le hacía entrega de numerosos documentos manuscritos que eran copias exactas de los originales guardados en Cîteaux. Uno de esos documentos era el *Exordium cisterciensis coenobii*, que relataba los comienzos de la orden.

2 El *armarium*, una pequeña alacena con puertas, provista de baldas y cajones en su interior, era el lugar donde se guardaban los libros de la biblioteca, los pergaminos de los títulos de propiedad y derechos que poseía el monasterio y todos los documentos relacionados con él y con los monjes. Estaba situado en el hueco que quedaba entre la sala capitular y la sacristía. Se accedía a él desde el claustro.

Deseo que viajéis a Piedra cuanto antes y averigüéis lo que está ocurriendo.

—¿Por qué no vais vos mismo? Como vicario general³ es vuestra responsabilidad prestar ayuda a nuestras filiales.

—Mi cuerpo se resiente por la edad; quizá no vuelva a salir de la clausura. Incluso estoy considerando la posibilidad de no asistir personalmente al capítulo general⁴ del año que viene.

—Pero yo no sé si tendría las fuerzas necesarias en estos momentos, padre —dijo Juan apesadumbrado—. Durante los últimos tiempos, yo...

—Sé que hay una mella en vuestra fe —lo interrumpió don Arnaldo—, hace tiempo que vengo percibiéndolo. Pero sois hábil e inteligente, y confío en que pronto recuperaréis la espiritualidad. Además, vos sois mi prior;⁵ no veo a quién más podría encomendar un asunto como este.

Juan agachó la cabeza compungido, resignado. Quizá, pensó, salir de la congregación y respirar aire fresco le ayudase a ventilar el alma, si es que era eso lo que necesitaba.

El abad puso las manos sobre sus hombros para darle la bendición. Después le alzó la barbilla.

—Nuestra Señora, la Virgen María, estará con vos; estoy seguro de que os guiará por el camino correcto.

—De acuerdo, reverendo padre. Viajaré a Piedra y me haré cargo de vuestros deseos con la mayor diligencia que me sea posible.

3 El abad de Santa María de Poblet era la máxima autoridad del Císter en los reinos de Aragón y Navarra.

4 El capítulo general reunía a todos los abades de la orden, o a sus representantes cuando así lo consideraba necesario alguno de ellos, cada mes de septiembre en Cîteaux. La gran asamblea cisterciense decretaba estatutos y realizaba adaptaciones en las normas de régimen interno que quedaban reflejadas en registros denominados *Instituta capituli generalis*, los cuales se hacían llegar a todas las abadías.

5 El ‘primero’ de los monjes. Era nombrado por el abad como su mano derecha y podía actuar en su nombre y representación en determinadas ocasiones.

Arnaldo asintió complacido, aunque sin abandonar el gesto de preocupación.

—Partiréis hoy mismo.

Matías despertó en su celda avanzada la mañana. Aún aturdido por el largo descanso, deslizó la mano bajo la cogulla y palpó la humedad que la polución nocturna había dejado en su entrepierna. De forma inconsciente, pues las eyaculaciones involuntarias habían hecho de aquel gesto un acto reflejo, se estrujó el cilicio y apretó los dientes conteniendo el aliento.

Meses atrás había soñado con una mujer por primera vez. Aquella fémica, de tentadora figura y largos cabellos cuyo color rojizo solo alcanzaba a intuir, se colaba en su descanso desde entonces, cada noche, para arrastrarle hasta el pecado de la carne. En su sueño, Matías intentaba escapar, pero ella, sentada sobre sus caderas, aferrada a sus muñecas, imposibilitaba cualquier movimiento y lo obligaba a permanecer tendido en la cama a su merced. El cálido sexo femenino lo engullía lentamente y le hacía sucumbir contra su voluntad. Esa mujer, cuyo rostro aparecía velado en medio de la penumbra, se agachaba sobre él justo en el momento del orgasmo para susurrarle palabras dulces que trataba de ignorar, le humedecía los labios con su aliento y, finalmente, desaparecía sin dejar rastro.

Matías estaba convencido de que aquellas manifestaciones eran una prueba de fe. Y desde entonces llevaba el cilicio. El pequeño artefacto metálico conseguía proporcionarle el dolor suficiente como para alejar de su pensamiento las imágenes de la noche, aunque en el fondo sabía que llevarlo no era la consecuencia de su fracaso en el intento por no pecar: el cilicio era el castigo que se infligía a sí mismo para aplacar el sentimiento de culpa por haber disfrutado de ello.

Desaparecido el dolor del muslo, dispersos los recuerdos lascivos, se puso en pie y caminó hacia la puerta. Por un instante, el mundo giró en torno a él. «Demasiado descanso para un

cuerpo ya poco acostumbrado a ello», pensó. Cerró tras de sí y bajó las escaleras en dirección al claustro.

Allí no había nadie. Camino de ningún sitio, recorrió el jardín central con la mirada perdida hasta que se detuvo a beber agua bajo el templete que cubría la fuente. Cuando alzó la vista de nuevo, localizó al abad, que salía del oficio de tercia acompañado de otro monje, ambos a la cola del grupo. Se secó los labios con la manga del hábito y fue a su encuentro. Don Arnaldo lo miró con un gesto que no supo interpretar.

—Siento haberme dormido, reverendo padre —se apresuró a decir—. Me temo que he faltado a las primeras obligaciones del día.

—El tesón y la premura que habéis demostrado en vuestro cometido bien merece tan luengo reposo —dijo el abad condescendiente—. En esta ocasión no tiene importancia, pero no ha de convertirse en costumbre.

—Por supuesto, reverendo padre, no volverá a ocurrir.

El monje que acompañaba al abad permanecía en silencio. Era un hombre alto y fornido, quizá próximo a la cincuentena; su rostro, curtido de experiencias, y su pelo rasurado por completo infundían respeto; su gesto, serio y más preocupado si cabía que el de don Arnaldo, delataba la gravedad de las circunstancias.

—Él es el padre prior Juan de Pedro —continuó el abad—. Irá con vos a vuestro monasterio.

Matías asintió tan sorprendido como aliviado: siempre pensó que recorrería a solas el camino de vuelta, un viaje en exceso fatigoso que ahora se le presentaba mucho más llevadero. Se volvió hacia Juan para recibir su bendición y devolvió la mirada al abad.

—¿Cuándo partiremos?

—Esta misma mañana —respondió don Arnaldo—. Fray Guillén se está encargando de hacer acopio de víveres. Acompañad al padre prior a los establos y preparad las monturas. Me reuniré con vosotros a la hora sexta.

—Como mandéis —asintió de nuevo Matías.

Poco antes del mediodía, los caballos estaban ensillados y las alforjas cargadas con la comida que el portero les había proporcionado de la cillería, agua y un pellejo de vino para combatir el frío.

Monje y novicio habían pasado la mañana en silencio, concentrados en los preparativos del viaje. Juan se preguntó una y otra vez qué podría estar sucediendo en Piedra, pues no alcanzaba a entender para qué habría robado alguien un código fundacional de la biblioteca. Matías, por su parte, anduvo perdido en sus pensamientos mientras reunía fuerzas para el camino.

Cuando vieron aparecer al abad doblando la esquina del refectorio de legos y conversos, los dos subieron a lomos de sus caballos. Matías no pudo reprimir un gesto de dolor que le hizo llevarse la mano al muslo, consecuencia del roce del cilicio con la panza del animal. Juan lo miró de soslayo.

—Me satisface ver que estáis listos para partir —afirmó don Arnaldo. Sacó un sobre del interior de la manga y se lo entregó a Matías—. Es para el padre Jimeno. Debéis entregárselo personalmente. Decidle también que tiene mi bendición.

Juan observó cómo el novicio introducía el sobre en una de las alforjas de su montura. Arrugó el gesto y se dirigió al abad:

—¿Algo que yo no deba saber?

—Nada que no intuyáis, aunque ignoréis que así es. Cada asunto tiene su tiempo, y a este aún no le ha llegado el suyo —contestó don Arnaldo. Luego los miró alternativamente—. Si os apresuráis, alcanzaréis la primera posada antes del anochecer. Id con Dios.

Los dos asintieron, azuzaron a los caballos y tiraron de las riendas para que enfilasen el camino. Don Arnaldo los observó marchar con el corazón encogido.

Lejos ya de la abadía, cuando el sol se aproximaba al horizonte, y con el lugar donde habrían de pasar la noche a la vista, Juan rompió el silencio que había mantenido a lo largo de las primeras horas de viaje:

—¿Qué razón podría llevar a alguien a robar la copia del *Exordium*? —se preguntó en voz alta.

—¿Robado, padre? —Matías lo miró con expresión de incredulidad—. ¿Han robado uno de nuestros códigos?

—Suponía que estabais al corriente. Ese es el motivo por el que el abad Jimeno os envió aquí.

—Nadie me dijo nada.

—En ese caso, será mejor que mantengáis la discreción; probablemente vuestro abad ha decidido no darlo a conocer hasta obtener respuesta por parte de don Arnaldo.

Matías asintió. Juan bajó la vista hasta el muslo del novicio dolorido por el castigo.

—Es una terrible carga, lo sé por propia experiencia. Pero no debéis angustiaros, llevar el cilicio prueba vuestra firmeza por ingresar en la orden. Pasará.

—¿Vos también llevasteis uno?

—Así es.

Matías agachó la cabeza con pesadumbre.

—Ciertos sueños me conducen al pecado, padre —se sinceró.

—Lo imagino. Y por esa razón os digo que no os angustíéis en exceso; el tiempo termina llevándose los deseos de la juventud.

—Agradezco vuestra comprensión. Vuestras palabras me son alentadoras.

—La comprensión y las palabras de poco sirven en estos casos, pero son mejores que la indiferencia. Apresurémonos; tengo tantas ganas de pisar el suelo como nuestras cabalgaduras de verse libres de carga.

Bajo un sol que nada calentaba difuminado entre las nubes, espolearon a los caballos hasta hacerlos galopar.

CAPÍTULO 2

—MIÉRCOLES 13 Y JUEVES 14 DE NOVIEMBRE DE 1219—

Juan de Pedro y Matías llegaron a los dominios de Santa María de Piedra pasada la hora sexta.

Durante el viaje el prior había tenido ocasión de estrechar lazos con el novicio gracias a las extensas conversaciones que mantuvieron a lo largo de cada jornada, y pudo constatar su compromiso férreo por alcanzar el máximo grado de espiritualidad dentro de la orden. Pero Juan no solo indagó en los convencimientos religiosos de Matías, también pudo percibir en él un alto grado de intelectualidad que le resultaba muy familiar; la misma intelectualidad que lo había llevado a él mismo a cuestionarse con el tiempo los preceptos de la Iglesia. Las semejanzas entre ambos, salvando la distancia que las experiencias de la vida ponía entre ellos, llevaron a Juan a pensar que Matías tampoco era como los demás.

Entraron en el recinto abacial por la torre del homenaje,⁶ desmontaron y comenzaron a caminar hacia la portería.

6 La torre del homenaje, al igual que la muralla perimetral que rodeaba la abadía, era un vestigio de la fortaleza defensiva de la familia Malavella, anteriores propietarios del lugar. Los edificios principales estaban ubicados sobre los restos del antiguo castillo y fueron construidos entre los años 1203 y 1218 aprovechando los materiales de este. En los años previos a las obras, y durante las mismas, la congregación vivió en un monasterio provisional hecho de madera y adobe en el otro margen del río Piedra, monasterio que después pasó a denominarse Piedra Vieja.

El interior de las murallas era un trasiego constante de hermanos legos y conversos que caminaban de vuelta a los trabajos tras recibir la segunda comida del día. Estos se distinguían por sus hábitos marrones y las barbas pobladas que se dejaban crecer. Tanto los hermanos legos, procedentes de familias pobres que carecían de dote que entregar al monasterio, como los conversos, que habían renunciado a sus confesiones de cuna para abrazar el cristianismo, vivían fuera de la clausura y se ocupaban de los trabajos en los campos y granjas propiedad de la abadía.

Tras la lavativa de bienvenida, fray Beltrán, el portero, se hizo cargo de las monturas y ambos se internaron en el claustro. La mayoría de los monjes paseaban en ese momento por las pandas o por el jardín.⁷ Matías echó un vistazo en busca del abad Jimeno. Al no divisarlo, imaginó que se encontraría en la sala capitular. Juan y él cruzaron el claustro y lo vieron allí sentado, frente a su escritorio, que también era el altar, leyendo uno de los códices de las Sagradas Escrituras.

El novicio se quedó en la puerta en respetuoso silencio. Juan caminó hacia Jimeno observando a su alrededor.

—La última vez que estuve aquí, las obras andaban poco más que mediadas —dijo impresionado por los arcos, pilares, sillerías y frescos—. Realmente la habéis construido a imagen y semejanza de la sala capitular de Poblet.

Jimeno levantó la vista del códice. Era un hombre flaco, de rostro afilado y nariz finísima, próximo a la ancianidad, cuya calva había terminado por adoptar fielmente la forma de la tonsura. Su boca menuda, alrededor de la cual el transcurrir de la vida había labrado profundas huellas de cansancio, esbozaba una media sonrisa que delataba alivio por verlo allí. Los ojos, apretados y arrugados, le brillaban.

—Algunas cosas son exactamente iguales que entonces: en vuestra última visita también era yo un recién nombrado abad,

⁷ En los monasterios cistercienses, el patio del claustro estaba ocupado por un jardín en cuyo centro se construía una fuente de la cual partían cuatro acequias rememorando los cuatro ríos del jardín del Edén descrito en el Génesis.

solo que algo más joven —dijo poniéndose en pie—. Disculpad que no os haya recibido personalmente; mi espalda se resiente en exceso al agacharme y mis manos sufren con el contacto del agua fría.

—Nada que disculpar, reverendo padre. Vuestra humildad está fuera de toda duda.

Jimeno extendió el brazo para que Juan le besara la mano. Después, se fundieron en un abrazo.

—Me alegra que hayáis venido.

—A mí también me complace volver a veros —respondió Juan—, aunque hubiese preferido que las circunstancias fuesen otras. —Dio media vuelta y le indicó a Matías que se acercara—. El novicio trae un mensaje para vos.

Matías entró en la sala capitular y se apresuró a sacar el sobre.

—Don Arnaldo me pidió que se lo entregase en mano y le transmitiese su bendición para el cargo, reverendo padre. —Se lo ofreció.

Jimeno retiró el sello de cera y comenzó a leer. Juan observó la carta con intriga durante unos segundos, pero decidió restarle importancia; bajó la mirada al suelo y lo escudriñó de lado a lado.

—¿Dónde colocasteis la sepultura de don Gaufredo?⁸

—En el rincón de vuestra izquierda, bajo el botón de la crucería que representa su imagen —contestó Jimeno.

Juan avanzó unos pasos y observó con atención el rostro tallado en la piedra; luego se postró delante del sepulcro.

—Gracias, hermano Matías. Ahora dejadnos a solas —dijo el abad una vez que hubo terminado de leer—. Subid al dormitorio y preparad un jergón para el prior.

8 Gaufredo de Rocaberti, primer abad de Piedra, fue el monje que encabezó la partida que salió de Santa María de Poblet en dirección al sur de Aragón en mayo de 1194. Bendecido por el entonces abad de Poblet, Pedro Massanet, tenía encomendado fundar la nueva abadía que el rey Alfonso II solicitaba para extender el cristianismo en sus dominios. Tras descartar otros posibles emplazamientos, Gaufredo decidió ubicar el monasterio en la fortaleza que el rey les ofrecía, aunque no vivió para ver siquiera el comienzo de las obras.

—Como mande, reverendo padre.

El abad guardó la carta y caminó hacia Juan. Se santiguó delante de la sepultura.

—¿Cómo murió don Fernando?

—En su lecho. El lunes no acudió al oficio de maitines. Cuando su retraso se hizo excesivamente prolongado, mandé a uno de los monjes que subiera a buscarlo. Lo encontró tendido en su jergón. Su cuerpo estaba aún tibio, como si continuase dormido. Nuestro Señor decidió llevárselo en medio del sueño profundo de la noche.

—Habládme del código desaparecido. ¿Quién os dio el aviso?

—Fray Munio, nuestro archivero.

—¿Alguien más tiene acceso al *armarium*?

—Nadie. Munio posee una de las dos llaves de la cerradura. La otra siempre está custodiada por el abad, pero jamás se usa; el *armarium* solo lo abre él, lo administra exclusivamente.

—¿Sospecháis de alguno de los dos?

—Don Fernando no pudo hacerlo, esa noche se sentía fatigado y recibió la visita del herbolario, fray Domingo. De todos modos me resulta inimaginable.

—Alguien podría haberle sustraído la llave.

—Imposible. Se habría despertado. La guardaba atada con un cordón a su cintura, bajo el hábito, y allí continuaba cuando lo encontramos por la mañana.

—Quizá el que la sustrajo acabó también con su vida. Después podría haber vuelto a atarla a su cintura.

—Ninguno de los monjes se atrevería a hacer tal cosa. —Jimeno respiró hondo—. Puedo creer que haya un ladrón entre nosotros, pero de ningún modo un asesino.

—¿Y fray Munio?

—Sospeché de él en primer lugar, pero la verdad es que no lo sentí moverse en toda la noche. Duerme a mi lado y mi sueño es tan ligero que sus ronquidos me despiertan con frecuencia. Y tampoco pudo nadie coger su llave; todas las noches se la amarra al tobillo con varias vueltas de una cadenita.

—¿Quién más conoce la desaparición del código?

—Solo nosotros tres. No he querido causar alarma.

—Nosotros cuatro —le corrigió Juan—. Matías se enteró cuando partimos de Poblet. Yo mismo se lo hice saber al preguntarle por ello.

—Bueno. Ya no tiene importancia. Ahora que habéis llegado, voy a hacerlo público. Por la mañana lo expondré en el capítulo.

Juan asintió; tal y como imaginaba, el abad había guardado prudentemente el secreto. Hizo una reverencia antes de dar la espalda a la sepultura de Gaufredo y caminó hacia la puerta:

—Hablemos con el archivero.

Fray Munio se encontraba paseando por el patio del claustro. Era un monje grueso y de andar torpe. Tanto sus orejas alargadas, puntiagudas y dobladas sobre sí mismas como la nariz chata que ocupaba el centro de su cara redonda, evocaron en el imaginario del prior cierto aspecto porcino; Juan imaginó al instante los ronquidos que interrumpían el sueño del abad Jimeno y no le pareció que fuese un hombre capaz de escabullirse del dormitorio en medio de la noche con tal sigilo que nadie se llegase a enterar.

—Fray Munio, el padre prior Juan de Pedro ha llegado esta misma tarde desde Poblet enviado por don Arnaldo —lo presentó el abad.

El archivero lo miró de arriba abajo unos segundos.

—Esta santa casa es vuestra casa —dijo rascándose la coronilla—. Espero que podáis ayudarnos; lo que ha sucedido es muy grave.

—Soy consciente de ello. —Juan lo escudriñó—. Por favor, mostradme el *armarium*.

Los tres caminaron en silencio hacia la panda norte. Cuando Munio sacó la llave y la introdujo en la cerradura, varios monjes se arremolinaron en torno a ellos con gestos de curiosidad, pero guardando las distancias. Jimeno se giró hacia ellos.

—Disculpadnos, hermanos —les dijo—. Estoy seguro de que tenéis ocupaciones esperando ser atendidas.

Los monjes comenzaron a desfilar entre murmuraciones. El archivero esperó a que el grupo de curiosos se disolviera por completo y abrió las puertas de la alacena.

Decenas de códices elaborados meticulosamente, provistos de cierres metálicos y forrados con cubiertas de madera y piel, aparecieron repartidos de forma ordenada por las baldas del *armarium*. Juan reconoció rápidamente la *Regla de san Benito*, los *Sermones y Comentarios de san Bernardo*, primer abad de Claraval, los antifonarios musicales para el coro y los *Instituta*, entre otros muchos. Por encima de todos ellos, en un lugar central, destacaban los volúmenes de la Biblia de Esteban Harding,⁹ tercer abad de Císter. Debajo de las estanterías había numerosos cajones con etiquetas en los frontispicios: en ellas aparecían apuntados los datos de los documentos, títulos de propiedad, derechos y privilegios que contenían cada uno de ellos y los números de las ligazas donde se encontraban archivados.

El prior pasó la mano por los lomos de aquellos preciados libros que destilaban olor a cerrado, a viejo y a piel curtida. Su tacto le arrancó un suspiro de resignación.

—Supongo que la cerradura no fue forzada.

—Estaba intacta cuando la abrí el día de la desaparición —respondió Munio.

—¿Cómo os disteis cuenta tan rápido de su falta?, ¿buscabais ese códice por algún motivo? —preguntó Juan al archivero.

—El abad Fernando deseaba que fuese leído en su funeral el pasaje en el que don Roberto abandona Molesmes en busca de una vida más estrecha y retirada; el *Exordium* era el libro más inspirador para él. Vine a buscarlo al amanecer.

Juan dirigió la mirada hacia Jimeno, que corroboró las palabras de fray Munio con un mohín discreto.

⁹ E. Harding fue uno de los cofundadores de la Orden del Císter junto a Roberto de Molesmes y Alberico.

—¿Todos los monjes conocían sus últimas voluntades?

—Supongo que sí —respondió el abad—, es algo de lo que don Fernando había hablado abiertamente en varias ocasiones.

Juan se cruzó de brazos y volvió a repasar la biblioteca con la vista.

—¿Dónde guardabais el códice?

—En una esquina de la balda superior; es uno de los ejemplares menos utilizados por los hermanos durante las horas de lectura. ¿Tiene eso alguna importancia? —inquirió el archivero.

—La última balda es la menos accesible; quizá no fue elegido al azar.

—¿Adónde queréis llegar? —preguntó Jimeno. Los dos miraron al prior.

—Tengo la sensación de que el autor del robo sabía que don Fernando iba a morir o que había muerto ya. Lo más probable es que no quisiera que fuesen cumplidas sus últimas voluntades.

—¿Qué sentido tendría hacer tal cosa? —preguntó el abad encogiéndose de hombros.

—Precisamente, esa es la pregunta que debemos responder.

Dejaron al archivero cerrando las puertas del *armarium* y caminaron pensativos hacia el jardín. El sol comenzaba a ponerse y las sombras que se cernían sobre el claustro hicieron que Juan sintiera un escalofrío; los días de noviembre eran allí más crudos que en la costa mediterránea.

Hacía siete años que Juan no visitaba la abadía de Piedra. Por aquel entonces, viajó con el abad Pedro de Curtacans para supervisar la marcha de la comunidad filial y el desarrollo de las obras del nuevo monasterio. En aquella ocasión permaneció allí tan solo un par de días, por lo que apenas tuvo tiempo de convivir con los monjes y nada recordaba de ellos.

—Voy a necesitar de alguien que me acompañe —le dijo a Jimeno—; alguien que conozca la congregación y en quien pueda confiar. E imagino que vos tenéis demasiadas responsabilidades.

—Imagináis bien. Además, ya sabéis que renuncié al abadiado porque me sentía sin fuerzas, y mi estado no ha mejora-

do mucho desde entonces, más bien al contrario. —El abad lo miró arqueando las cejas—. ¿En quién estáis pensando?

—En el joven Matías. Hemos alcanzado cierto grado de confianza durante el viaje. Y parece un buen muchacho; rebosa lozanía y nobleza de espíritu.

Jimeno permaneció un instante en silencio.

—De acuerdo. Supongo que os vendrá bien un ayudante. Y a él le servirá para demostrar su determinación por ingresar en la orden.

La primera noche en el monasterio transcurrió de forma lenta y extraña para Juan. Lenta porque no pegó ojo un solo instante, y extraña porque se veía rodeado de hermanos a los que no conocía y a los que tendría que investigar hasta averiguar cuál de ellos era el culpable del hecho más grave al que jamás se había enfrentado.

Por primera vez en siete años reposó bajo un techo distinto al de Poblet; siete años de clausura en los que no se había alejado del recinto abacial más allá de las huertas colindantes. En aquel período de profunda reflexión había tenido tiempo de emplearse a fondo en el estudio de los volúmenes de la biblioteca, especialmente los de autores no bíblicos como Platón y otros pensadores neoplatónicos que dedicaban innumerables páginas a la inmortalidad del alma. Para los filósofos griegos herederos de la doctrina de Sócrates, el alma era fuente y principio de movimiento y, por lo tanto, debía ser increada, pues si hubiese sido creada no sería un principio; un argumento que a su juicio ponía en duda la virtud creadora de Dios, e incluso la existencia misma de este. Pero el desgaste espiritual que sufría no era consecuencia de la lectura de aquellos textos. Más bien al contrario, fue su incipiente pérdida de fe lo que le llevó hasta ellos en un intento de profundizar y comprender la realidad del ser humano más allá de la afirmación o la negación de la existencia de Dios.

Esa primera noche la pasó reflexionando acerca de cuál podría ser la motivación que habría llevado a un monje a robar

uno de los códigos del *armarium*. Fuera del monasterio, en la vida cotidiana del siglo, su valor no debía de ser muy elevado, salvo que alguien estuviese interesado en adquirirlo por algún motivo concreto. Pero ¿quién?, ¿por qué? Y, sobre todo, ¿cómo y cuándo habían contactado y embaucado a uno de los monjes para conseguirlo? Nada de aquello tenía mucho sentido. Si ese fuera el caso, el hurto por encargo sería un mal menor, pues para obtener un nuevo ejemplar tan solo tendrían que solicitar una copia a la abadía de Claraval. Pero, a tenor de las circunstancias en las que habían acontecido los hechos, esa hipótesis era la menos probable. Juan estaba convencido de que la clave se hallaba en las últimas voluntades del abad Fernando.

Tras el oficio de maitines todos permanecieron sentados y en silencio en la sala capitular, a la espera de que el archivero regresara del *armarium* con la *Regla de san Benito*.¹⁰ Cuando fray Munio dejó el código sobre el altar y ocupó su lugar en la sillería, los monjes se removieron en sus asientos; en el capítulo de ese jueves, la atención de todos ellos estaba puesta en el inesperado nuevo miembro.

Jimeno buscó el capítulo xxxiii y comenzó a leer:

—«Hay un vicio que, por encima de todo, se debe arrancar de raíz en el monasterio, a fin de que nadie se atreva a dar o recibir cosa alguna sin autorización del abad ni a poseer nada en propiedad, absolutamente nada: ni un libro, ni tablillas, ni estilete; nada absolutamente, puesto que ni siquiera les está permitido disponer libremente ni de su propio cuerpo ni de su propia voluntad. Porque todo cuanto necesiten deben esperarlo del padre del monasterio, y no pueden lícitamente poseer cosa alguna que el abad no les haya dado o permitido. Sean comunes

10 Varias veces a la semana, los monjes cistercienses celebraban la reunión del capítulo conventual en la que se hacían las confesiones públicas de los pecados, se imponían penitencias y el abad realizaba la lectura de uno de los capítulos de la regla. También se trataban temas relacionados con la vida cotidiana de la abadía que necesitasen de una decisión común, aunque la última palabra tras escuchar a los monjes la tenía el abad.

todas las cosas para todos, como está escrito, y nadie diga o considere que algo es suyo.

»Y si se advierte que alguien se complace en este vicio tan detestable, será amonestado por primera y segunda vez; pero, si no se enmienda, quedará sometido a corrección».

El abad cerró el códice, se puso en pie y repasó a todos con la mirada.

—El capítulo de hoy no ha sido elegido al azar —afirmó con voz y gesto serios—. Tengo que comunicaros que el volumen del *Exordium cisterciensis coenobii* ha desaparecido del *armarium*.

Un murmullo inevitable se extendió entre los monjes, que se miraron unos a otros con caras de desconcierto. Jimeno observó sus reacciones durante unos instantes antes de continuar.

—Se trata de un hecho insólito en nuestra congregación y, si cabe, en cualquiera de las comunidades de la orden. Desconozco su paradero y quién es el responsable, pero dada la imposibilidad de acceso a nuestra biblioteca por parte de personas ajenas al monasterio, me temo que pueda encontrarse en esta sala.

El murmullo se generalizó de nuevo; las caras de desconcierto de los monjes dieron paso a las de preocupación. Matías, por su parte, escuchaba el relato del abad a través de una de las ventanas de la sala capitular, pues los novicios solo podían asistir al capítulo conventual como oyentes y estaban obligados a permanecer fuera, en la panda.

—Como estoy seguro de que comprenderéis —continuó Jimeno—, sería una insensatez por mi parte encomendar la investigación de este asunto a algún miembro de la congregación, o incluso hacerla yo mismo, pues no lograría otra cosa que crear un clima de desconfianza mutua difícilmente superable en el tiempo. Por tanto, me he visto obligado a solicitar auxilio a nuestra abadía madre, y el abad don Arnaldo ha enviado al padre prior Juan de Pedro para que intente esclarecer lo sucedido. Espero que colaboréis con él en todo aquello que requiera, teniendo siempre en cuenta que cuanto haga, diga o pregunte, aun incomodándoos, será por el bien común. —Volvió a observarlos

uno a uno. Después se dirigió al prior—: Padre Juan, podéis tomar la palabra si así lo deseáis; estamos a vuestra disposición.

Juan, sentado en un extremo de la sillería, caminó en silencio hasta colocarse al lado del abad.

—Gracias, reverendo padre —dijo el prior antes de dirigirse a los monjes. Jimeno tomó asiento—. En modo alguno es mi intención dudar de vosotros. Sin embargo, es mi obligación averiguar el paradero del código. —Hizo una pequeña pausa—. Durante los próximos días quizá me inmiscuya en exceso en el día a día de la comunidad; espero que sepáis comprender la delicadeza del mandato que me ha sido encomendado. Si alguien tiene algo de luz que arrojar sobre ello, este es el momento de hacerlo; todos los pecados confesados pública y sinceramente son perdonados por Nuestro Señor, aun cuando conlleven la corrección que es de regla,¹¹ tal y como está escrito en la ley que os comprometisteis a observar.

Los monjes permanecieron callados. Las mismas caras, los mismos gestos, como si ninguno fuese culpable o como si lo fuesen todos; al menos, esa fue la sensación que tuvo Juan antes de mandar disolver el capítulo para continuar con las rutinas diarias.

Finalizada la asamblea, la congregación desfiló hacia el rectorio para recibir la primera de las dos comidas diarias¹² que fray Telmo, el mayordomo, ya tenía preparada.

11 El castigo más habitual en caso de falta grave era la excomunión. Si el infractor no enmendaba, o no era capaz de comprender el alcance de la pena, podrían aplicarle castigos corporales o, incluso, expulsarlo definitivamente.

12 A diferencia de los hermanos legos y conversos, que realizaban tres comidas al día, una antes de laudes, otra después de sexta y la cena tras el oficio de vísperas, los monjes profesos solo realizaban dos: la primera y la última. El menú estaba compuesto generalmente por dos platos de verduras o legumbres cocidas, a los que añadían media libra de pan (unos 230 gramos) y una emina de vino (aproximadamente, un cuarto de litro) que debían administrarse ellos mismos en las dos refecciones. Tan solo comían carne o pescado en ocasiones especiales y en caso de enfermedad.

En esa ocasión el turno de semanero¹³ correspondía al padre Tiago, el tesorero. Una vez que este hubo terminado de servir, y habiendo recibido los alimentos la bendición del abad, todos comenzaron a comer en absoluto silencio. Lo único que se escuchaba por encima del sonido de platos y cucharas era la voz pausada de fray Munio, que leía el Evangelio de san Mateo desde el púlpito.

Juan ocupó un lugar preferente en la mesa del abad, donde lo hacían habitualmente los visitantes, ya fueran clérigos o seglares. A lo largo de la refección, el prior estuvo más pendiente de la actitud de los monjes que de su propio plato; tenía el estómago cerrado por la tensión acumulada de los últimos días y apenas probó bocado. Pero, por mucha atención que prestó, no fue capaz de atisbar sombra alguna de culpabilidad en ellos.

Pasado el oficio de prima, Juan salió al claustro en busca de Matías.

En la panda de la lectura, los monjes que se dedicaban a la copia de manuscritos comenzaban a montar sus atriles de madera forrados en piel; esta ubicación hacía las funciones de *scriptorium*, pues el monasterio carecía de una estancia diferenciada para ello. A su alrededor, quienes se disponían a ejercitar la *meditatio* acudían al *mandatum*¹⁴ de piedra adosado a la pared con los libros que el archivero les había entregado. El padre Rodrigo, sacristán del monasterio y uno de los monjes más viejos, era el encargado de que ninguno de ellos estuviese ocioso, no atendiese correctamente a las labores de lectura o molestase a los demás con murmuraciones; a pesar de su cuerpo menudo y flaco, era capaz de imponer disciplina como nadie, en algunas ocasiones se mostraba inflexible y duro en extremo.

13 El encargado de servir la comida era denominado *semanero*. A este le correspondía de forma rotatoria, de domingo a domingo, y como muestra de humildad, hacer de ayudante del mayordomo, responsable de la cocina y el refectorio.

14 Banco destinado a la lectura.

En medio de aquel revuelo silencioso, Juan se fijó en un códice abandonado en un extremo del *mandatum*. Luego localizó a Matías, que se encontraba en el centro del patio bebiendo agua de la fuente. Hizo un gesto desaprobatorio y caminó a su encuentro dispuesto a mantener la conversación que tenía pendiente con él.

—Hermano Matías —lo saludó.

El novicio se giró hacia el prior y agachó la cabeza para recibir su bendición.

—Dígame, padre.

—El abad me ha puesto al corriente de todo lo acontecido. Francamente, es una situación delicada y temo que mi desconocimiento del monasterio y de los monjes sea un problema añadido para mí. Quiero que me acompañéis a lo largo de la investigación.

Matías alzó las cejas y abrió los ojos, impresionado por la responsabilidad que el prior pretendía cargar sobre sus hombros.

—¿Yo, padre? Ni siquiera soy monje todavía. Y están los oficios, la lectura, mi trabajo en la cillería, no puedo faltar a...

—Sois un muchacho listo y perspicaz, pero, sobre todo, sois limpio de corazón, puedo verlo en vuestra mirada. —Juan puso una mano sobre el hombro del novicio—. Dejaréis las obligaciones de lado por unos días. Iréis donde yo vaya y me ayudaréis a resolver la misteriosa desaparición del códice.

—Como mandéis, padre. Pero necesitaré la aprobación de don Jimeno.

—Ya la tenéis; hablé ayer con él al respecto y está de acuerdo conmigo. —Juan lo miró a los ojos—. Hoy dedicaré el día a reflexionar; comenzaremos mañana. Ahora continuad con vuestra *meditatio*.

Matías se sintió orgulloso de sí mismo por la buena estima en que parecía tenerle el abad. Deseó fervientemente estar a la altura, se emocionó, incluso se vio desbordado de ilusión. Pero una bofetada de realidad le trajo de vuelta sus debilidades ante el pecado carnal hiriendo su autoestima. Durante un instante,

tuvo miedo. Se llevó la mano al muslo y apretó el cilicio con suavidad para comprobar que seguía allí, vigilante. Cuando por fin se encaminó hacia el *mandatum*, algo que lo tenía intrigado le hizo darse la vuelta y preguntar:

—¿Conocisteis a don Gaufredo, padre? Para mí es un referente. Todos los domingos rezo una oración por él después de la *lectio divina*.¹⁵

—Así es. Fue mi tutor durante mi noviciado. —Juan sonrió al recordarlo—. También es un referente para mí. Si estáis interesado, tendremos oportunidad de hablar de él más adelante.

—Claro que sí, padre —dijo Matías conteniendo la emoción.

—Regresad a vuestras obligaciones, y no volváis a dejar un libro abandonado sobre el *mandatum*; si os entra sed durante la lectura, aguantad hasta el final.

Matías apretó el paso; acababa de caer en la cuenta de que el Deuteronomio llevaba largo rato esperando a que regresara de beber agua.

15 La *lectio divina* era un ejercicio de recogimiento interior, reverencia y fe, a través de la cual trataban de llegar al conocimiento de la palabra de Dios transmitida por los patriarcas, profetas y evangelistas. Se practicaba a diario, durante los ratos libres de los que gozaban entre oficio y oficio o cuando las rutinas lo permitían; sin embargo, el domingo quedaba enteramente reservado para ello.